

LO RELIGIOSO EN GERARDO DIEGO: VIACRUCIS

Buena parte de la poesía de Gerardo Diego abarca el tema religioso y fue reunida en *Versos Divinos* (1970), volumen de poemas escritos desde 1924 a 1970 y dividido en varias secciones temáticas ("Creer", "Viacrucis", "Navidad", "María", "Santísimo Sacramento", "Santos", "Varia", "Biblia" y "Jesús"). A ellos, hay que añadir numerosas composiciones religiosas dispersas, desde el famoso "Ciprés de Silos" de *Versos humanos* (1925) y varios de *Angeles de Compostela* (1940) hasta la "Nueva Cantiga de Santa María de la Arrixaca" (en edición bibliófila de 1948, incluida ese mismo año en *La luna en el desierto y otros poemas*, y reeditada en facsímil por F.J. Díez de Revenga en 1995). Se halla también una poesía religiosa y moral en algunos poemas del Gerardo Diego de *Cementerio civil* (1972, incluyendo significativas partes como "Odas morales", "Tres poemas a la Magdalena") y *Cometa errante* (1985). Al margen de varios análisis dedicados a algunas de esas composiciones (en especial a "Ciprés de Silos"), todo este filón religioso de la lírica de Gerardo Diego requiere todavía hoy una mayor atención, si bien existen ya, entre otros, puntuales estudios a cargo de F.J. Díez de Revenga (1976, 1988).ⁱ Aquí me acercaré a uno de los primeros textos poéticos religiosos de Gerardo Diego, el libro *Viacrucis* (1931), que es, sin duda, un libro "menor" respecto a los más conocidos de su autor, pero en el que se encuentra ya la voz poética personal de Diego, y una sabia mezcla de tradición e innovación. Dedicado a la memoria de la madre del poeta, *Viacrucis* se publicó inicialmente en la "Revista de Santander" en 1930 y al año siguiente en libro con ilustraciones de grabados en madera sobre motivos de la pasión. El propio Gerardo Diego, en el breve "Propósito" en prosa que antecede al texto poético de *Viacrucis* relata la génesis de su libro en la primavera de 1924 y su intento de versificar el viacrucis de Cristo. Diego se ubica así en la tradición cántabra de folletos poéticos para el "Viacrucis" y de números especiales dedicados a este culto por la prensa montañesa en las fechas de Jueves Santo, y explica su elección estrófica de la décima como medio de conseguir un acento popular. *Viacrucis* se compone de una "Ofrenda" en cinco décimas a María, madre también del poeta y de la humanidad: "A ti ofrezco, pulcra rosa, / las jornadas de esta vía, / a ti, Madre, a quien quería / cumplir mi humilde promesa" (vv. 45-48). Siguen las catorce estaciones, todas ellas estructuradas en dos décimas: la primera relatando el hecho bíblico y la otra con la reflexión del poeta, a modo de rezo y humanizando la figura de Cristo. Diego elabora así un libro de treinta y tres décimas, número que coincide con la edad de Cristo en el momento de iniciar su "viacrucis" y muerte final. En una segunda edición del libro en 1956, Diego añadió dos romances: "La oración en el huerto" y "A la Resurrección del Señor", en octosílabos y heptasílabos respectivamente.

Gallego Morellⁱⁱ ya se ocupó de estudiar los *Versos divinos*, en especial las raíces cántabras de *Viacrucis*, y señaló en las letras montañesas los nombres de Enrique Menéndez Pelayo, Ignacio Romero Raizábal (con poemarios homónimos al de Diego) y Ramón de Solano (*Devotas oraciones para seguir a Cristo en su Calvario*). Pero al margen de estos poetas locales, el tema de la pasión y crucifixión de Cristo lo toma Diego de innumerables antecedentes en la poesía española. En la época medieval basta recordar, por ejemplo, a Juan Ruiz, en algunas de las coplas (1065-66) del *Libro de*

Buen Amor. En el Siglo de Oro, es célebre el anónimo "Soneto a Cristo crucificado", al que se puede añadir el inicio del soneto de Góngora "Al nacimiento de Cristo, Nuestro Señor", varias composiciones de Quevedo, como el salmo 7 del *Heráclito cristiano* (1613), y otras tantas de Lope de Vega en las *Rimas sacras* (1614). Y lo mismo ocurre con la poesía femenina del Siglo de Oro, donde se observa una recurrencia del tema de Cristo sufriente en la cruz en poetas de la talla de Sor Juana Inés de la Cruz, y en otras menos conocidas como Luisa de Carvajal, Sor Marcela de San Félix (la hija ilegítima de Lope de Vega) o Sor María de la Antigua. En el XVIII, A. Lista recogió el tema de Cristo en la cruz en su poema "La muerte de Jesús", y algo después J. Marchena en la "Oda a Cristo Crucificado", llegando al siglo XIX con el Zorrilla de "A buen juez mejor testigo", de tono legendario, frente al cuestionamiento divino ante la cruz de algún poema de Rosalía de Castro ("Si medito en tu eterna grandeza..."). Junto a lo popular católico español, el tema del viacrucis arriba al siglo XX de la mano de algunos poetas, como en "La saeta" de A. Machado y en el poema de su hermano Manuel titulado "Jesús del Gran Poder", donde aparece Cristo doliente al que se acercan unas golondrinas para aliviar su dolor y le quitan de su frente las espinas. Ese popularismo andaluz pasa luego al Lorca del "Poema de la saeta" (en *Poema del cante jondo*, escrito en 1921 y publicado en 1931), con el Cristo sufriente convertido en clavel, y también en algunos poemas del *Romancero gitano* (1928). Por estas fechas, Gerardo Diego ya ha escrito su *Viacrucis*, insertándose así en una amplia tradición anterior que poetizaba la figura de Cristo camino de la cruz, y su muerte en ella, desde la fe y la devoción medieval a la visión doliente del Barroco, y desde el didactismo dieciochesco y la visión romántica y legendaria de Cristo en el XIX a la veta popular del siglo XX. Cuando Gerardo Diego escribe su *Viacrucis*, sin embargo, el filón religioso de la poesía española está adquiriendo ya una perspectiva añadida, anunciada ya por Rosalía de Castro en algunos poemas de *En las orillas del Sar* (1884) y por Rubén Darío (en la dualidad pagano-cristiana que recorre sus libros poéticos, en especial *Prosas profanas*, 1896, 1901, y en el ya más creyente *Cantos de vida y esperanza*, 1905, y aun en poemas posteriores como "La Cartuja"). Pero el inicio de esta contemporánea vertiente religiosa de búsqueda y enfrentamiento con Dios se encuentra, según Leopoldo de Luis ⁱⁱⁱ, en la poesía de Unamuno (con obsesiva preocupación religiosa), en J.R. Jiménez (sacralizando su poesía) y en A. Machado (indagador de un Dios que se sueña). Tras un paréntesis de esta vertiente más interna y existencial de poesía religiosa, y tras algunos poetas de talante católico del grupo del 36, sobre todo desde una perspectiva de amorosa petición humana a Dios (L. Rosales, L. Panero, L.F. Vivanco, C. Conde y el primer M. Hernández), la posguerra presencié un extraordinario cultivo de poesía religiosa trascendente que se enlaza con lo existencial y cuaja en un amplio cultivo de temas relacionados con el cuestionamiento de la existencia de Dios, planteada ya por D. Alonso en *Hijos de la ira* y *Oscura noticia* (ambos de 1944), y que desemboca en varios subtemas: la lucha y enfrentamiento con Dios, el ansia del hombre por Dios, la soledad humana y la frustración del encuentro divino, la exigencia de respuestas, el silencio, el juego o la ira de Dios y aun la idea de un Dios necesitado del hombre. Estos temas, de angustiada tensión humana ante lo divino, aparecen ya en la posguerra en poetas como V. Gaos (el primero de su promoción que trató el tema de Dios como combate), J. García Nieto, C. Bousoño, B. de Otero, J. L. Hidalgo, F. Brines, V. Crémer e incluso en sucesivos libros de poetas del 27 como el mismo D. Alonso y en parte V. Aleixandre. Pero al margen de esta original vertiente religiosamente existencial de la poesía de posguerra, estudiada ya, entre otros, por F.J. Peñas-Bermejo ^{iv}, interesa destacar que incluso en ese tipo de poesía se da una presencia del símbolo de la cruz, según se indicó respecto a A. Machado, y como ocurre incluso en Unamuno, quien emplea el motivo existencialmente, por

ejemplo, en "Las siete palabras y dos más", y en *El Cristo de Velázquez* (1920). León Felipe es otro poeta que, a pesar de la gran distancia que separa a su obra de la de Diego, contempla la poesía como oración y así nace su primer libro *Versos y oraciones de caminante* (1920 y 1929). Más importante todavía es el hecho de que el grupo del 27 hizo poca poesía religiosa (cristiana) en sus obras más importantes y ahí radica la peculiar tarea de Gerardo Diego, ya desde *Viacrucis*, y en el marco de su filiación a la ortodoxia religiosa católica. Es cierto que tanto Alberti como Lorca trataron en algunos poemas lo católico, pero lo hicieron más como estética externa que como sentimiento interior profundo y creyente (según se comprueba, por ejemplo, en el epistolario de Lorca). Por eso, Gerardo Diego y *Viacrucis* representan en esta vertiente sacra una renovadora sinceridad humana y poética.

La lírica religiosa de Gerardo Diego y la humanidad que desprende ya desde *Viacrucis* no puede sólo estudiarse como producto de una tradición anterior, sino que insta una nueva sensibilidad de lo religioso católico en la poesía española contemporánea. *Viacrucis*, como casi todo el resto de la poesía religiosa de Diego, no es un libro devoto, sino que traspasa el mero barroquismo litúrgico católico de poetas como R. Laffón, los citados Lorca y Alberti, el primer M. Hernández, L. Rosales, o incluso J.M. Pemán, y sirve directa o indirectamente de libro renovador para la poesía española de ortodoxia católica. Gerardo Diego se adelanta con *Viacrucis*, por ejemplo, a la concepción general católica de la vida, presente en J. M. Valverde (cuyo primer libro, *Hombre de Dios*, no se publica hasta 1945), o a la delicada evocación de Cristo del primer C. Bousoño (el de *Subida al amor*, 1945). De forma más clara todavía, Diego abre el camino a poetas como R. de Garciasol (en su poema de 1939 "A Cristo en la cruz"), al León Felipe de "La esclava", libro II de *Ganarás la Luz* (1943), a L. López Anglada, para quien sus poemas religiosos son (como en Diego), una forma de oración y una aceptación alegre de la voluntad divina ("Oda a la resurrección de Cristo"), a M. Alonso Alcalde ("Tu grito"), a A. Albalá ("Crucifixión y gracia") o a J.L. Martín Descalzo, quien recoge precisamente el tema del viacrucis en *Camino de la Cruz* (1958), con las correspondientes estaciones, con una dimensión fraternal y el uso del verso libre. La humanidad del Cristo que Gerardo Diego presenta en *Viacrucis* la recoge con entrañable lirismo Julio Mariscal Montes (poeta injustamente olvidado hoy), específicamente en su libro *Quinta palabra* (1958), conjunto de sonetos en los que se ofrece una visión humanizada de Cristo. Si Gerardo Diego había escrito, por ejemplo, en la "Tercera estación" de *Viacrucis*: "así estás ante mi vista / tendido con tu bandera" (vv. 13-14), Julio Mariscal en "Ecce homo" afirma: "Así es como te quiero. Así, Dios mío" (v. 1), y unos versos después: "Así, Señor, así es como te espero / vencido por el fuerte, acorralado, / cara al hombre y al mundo que te hiera" (vv. 9-11). Cuando Mariscal le dice a Cristo crucificado en "La sed": "pero no es el murmullo de esa fuente / para tus labios secos, apretados" (vv. 7-8), hay un recuerdo de la reflexión y petición final a Cristo con que Diego cierra la "Octava estación": "y espanta de mí este espanto / de hallar cegada mi fuente" (vv. 19-20). En "Undécima estación" Gerardo Diego escribe "te clavan crucificado / y te punzan el costado / y te refrescan de hieles" (vv. 8-10), que luego recoge Julio Mariscal al presentar en "La lanzada" a un Cristo agónico al que todavía resta un último sufrimiento: "pero queda una lanza y un rugido / de muchedumbre hacia el costado breve" (vv. 7-8). La sucesión de la figura de Cristo en el viacrucis con los pensamientos del hombre poeta y la conciencia del sacrificio divino por el hombre unen también *Viacrucis* con otros poemas de *Quinta palabra*, como el soneto "Ya en tierra". En los dos casos, sin llegar a lo irreverente, Diego y Mariscal se identifican con Cristo y nos lo muestran --lejos de la divinización beata-- como un Cristo arraigado al hombre, al pueblo, vivo, humanizado, real y sufriente. Es un

Cristo hombre, de carne y hueso, que trasciende la mera devoción y que reaparece luego en otros poetas posteriores como M. Mantero (*Misa solemne*, 1966), quien ofrece un personal giro a la figura de Cristo al hacerlo un ser cotidiano (en Mariscal era ya carpintero y en Mantero es portero de un hotel, entre otros oficios) compadecido por la humanidad. Junto a la multiplicidad de intereses poéticos ante la figura de Cristo, el tema del viacrucis enraizado en el libro de Gerardo Diego, pervive todavía a fines del siglo XX con la publicación de libros poéticos que abarcan esta temática, como la póstuma entrega de Pedro Garfias (*Recién muerto y otros poemas*) o la de Carmen Pallarés (*Abba*, 1995), aunque en esta última tomando ya una imagen profana al simbolizar Cristo crucificado la lucha del artista en su proceso creativo.

En todos estos sentidos, el de la tradición anterior, la renovación original o la continuación posterior de lo religioso (a lo que habría que añadir el cuidado del lenguaje poético) hallamos siempre la personal voz lírica de Gerardo Diego. A cien años de su nacimiento, su magisterio sigue vivo, incluso en la vertiente religiosa y hasta en un poemario de juventud como *Viacrucis*, con frecuencia pasado por alto.

Alberto Acereda
Radford University

NOTAS

- i. Francisco Javier Díez de Revenga. "Gerardo Diego y sus *Versos divinos*". *Anales de la Universidad de Murcia* 31 (1978): 99-108; "Gerardo Diego: Fe y espiritualidad de una senectud". *Poesía de senectud*. Barcelona: Anthropos, 1988. 129-160.
- ii. Antonio Gallego Morell. "Versos divinos". *Vida y poesía de Gerardo Diego*. Barcelona: Aedos, 1955. 172-180.
- iii. Leopoldo de Luis. *Poesía española contemporánea. Antología (1939-1964). Poesía religiosa*. Madrid-Barcelona: Alfagurara, 1969.
- iv. Francisco Javier Peñas-Bermejo. "La lucha con Dios". *Poesía existencial del siglo XX*. Madrid: Pliegos, 1993. 101-130.